

Las dos amigas se separaron. Clemencia llamó á su doncella y le dijo :

—Prepárame para mañana el vestido de crespon blanco, y una rosa de musgo para el peinado.

—¿Y nada más, señora?

—Nada más.

IV.

LA GLORIA.

Al día siguiente, y á eso de las diez de la noche, una berlina de alquiler llegaba á la puerta de Lucila; de ella bajaron D. Fernando y su esposa : pagó aquél al cochero y le mandó volver á las doce.

Después de darle esta orden, se volvió á su esposa y le dijo :

—Me parece muy temprano para que nos retiremos á esa hora.

—Nos basta con dos horas para fastidiarnos, amigo mio : además, no es cómodo prolongar más la velada.

El anciano mandó retirar el coche en consecuencia de estas palabras, y subió la escalera con su esposa.

Aquella se hallaba bien alumbrada y adornada de macetas : la pobre Lucila, á fuerza de leer en las cartas de su amiga Natalia que sólo la ostentación es lo que alcanza favor en el mundo, había hecho que su marido, modesto empleado de un ministerio, se empeñase para alumbrar su casa, poner en ella algunas macetas y dar á sus convidados una taza de té, que tenían que tomar en la mano con mucha incomodidad.

Este deplorable afán de dar reuniones se va generalizando cada día más en Madrid, corriendo ya esta costumbre hasta las capitales de provincia.

Nuestros padres daban algún baile de manga larga, algún concierto casero; pero eso era sólo en los días de cumpleaños, es decir, cada doce meses una vez ó dos.

Ahora es muy distinto: la persona que no recibe una vez á la semana no se tiene por decente, y de vez en cuando hay que aprovechar cualquier motivo para avisar á algunos amigos y pasar la velada *cantando un poquito, leyendo algunas composiciones y tomando una taza de té*.

Debíase añadir á esto la advertencia de que se pasaría también *murmurando de los señores de la casa* y diciendo que si tienen reuniones es por darse tono, y que las dan muy pobremente, ó bien que las tienen sólo con el objeto de *pescar* novio para sus hijas, si es que Dios ha favorecido su matrimonio.

No obstante, como en la clase media hay buenos modales, gusto y sencillez para vestir, é indisputable distinción, además de bellísimas jóvenes, fuerza es decir que algunas de estas reuniones son agradables, que se *hace* en ellas buena música y se leen lindas poesías por jóvenes poetas de ambos sexos.

En el año de que voy hablando, una reunión de aquella especie tenía un viso de solemnidad que seguramente no hubiera alcanzado hoy, que son tan frecuentes esas solemnidades musicales y literarias; y, preciso es confesarlo, la de Lucila estaba muy animada y agradable.

Su marido, que sabía que iba á ver á Clemencia, y

que era poeta y joven de excelente gusto, se había esmerado en decorar su casa, que era ya bonita y espaciosa, aunque situada en un barrio lejano del centro: la sala y los dos gabinetes de sus dos extremos estaban adornados con profusión de ramos de flores: el mueblaje era elegante y sencillo; pero toda la sillería desaparecía bajo los pliegues vaporosos de los trajes de las jóvenes, quienes, aprovechando la circunstancia de ser estío, estaban casi todas vestidas de tul de varios colores.

Sobresalian el rosa, el celeste, el dorado y el blanco, todos graciosamente adornados de flores, blondas y cintas.

Enfrente de la puerta estaba el piano, y sentada delante de él una joven, que había empezado el concierto tocando una sinfonía con gran gusto y precisión.

Al llegar á las últimas notas fué cuando aparecieron en la puerta Clemencia y su marido, siendo recibidos y saludados por Lucila y su esposo, que se hallaban en pié á entrambos lados de ella.

La señora de la casa era aquella joven gruesa y agraciada que acompañó á París á Natalia y á Adelina después de la muerte de su madre: llevaba un traje de crepon rosa y blanco, que decía bien con sus cabellos negros y su blanca tez.

Su marido era más joven que ella, de fisonomía delicada y encantadora, de grandes ojos pardos semidormidos y hermosos cabellos oscuros.

Vestia con aristocrática soltura un traje negro y una rica corbata de batista blanca, que realzaba la belleza de su semblante un poco lánguido.

Los dos clavaron en Clemencia una profunda mirada, y los dos palidecieron : ni la una en sus celos, ni el otro en sus sueños de amor, se la habían imaginado jamás tan encantadora.

En cuanto á Clemencia, al fijar los ojos en su silencioso adorador, palideció también : se parecía á Luis, su primer esposo, por el que áun lloraba y rezaba todos los días, y cuya memoria acompañaba su soledad cuando podía estar entregada á sus pensamientos y á sus recuerdos; y se parecía tanto, como si por un milagro de Dios hubiese vuelto á la tierra después de haber reposado en el cielo durante los años que hacía que faltaba del lado de Clemencia.

Por un instante el pensamiento que acaba de expresar mi pluma ocupó la mente de la joven, y á eso atribuyó el hallar en Carlos más belleza, más suavidad, más atractivos de los que nunca había poseído Luis, quien, hasta que había visto á aquel hombre, había sido, áun en el recuerdo, incomparable para ella.

Apoyóse en el brazo que el mismo Carlos le presentaba, y atravesó la sala para ir en busca de un asiento que se hallaba desocupado cerca del piano.

Entonces se oyó ese leve murmullo semejante al que produce la brisa en un campo de espigas, y que, en una sala llena de gentes, es producido por la admiración.

No había ninguna mujer tan sencillamente vestida como Clemencia, ni tampoco tan bella : brillaban sus grandes ojos negros bajo el arco tendido de sus finas y sedosas cejas y entre la franja doble de sus largas pestañas : su tez, de una rosada blancura, ostentaba una

admirable morbidez junto al blanco crespon de su sencillo traje, con viso de tafetan blanco.

Una rosa en el peinado y otra en el pecho componían todo su adorno : no llevaba rizos, y sus cabellos se recogían en gruesas y lustrosas trenzas prendidas muy bajas, que realzaban la blancura y elegancia de su cuello de marfil.

En sus graciosos brazos desnudos no había más adorno que unos pequeños brazaletes de oro liso : rodeaba su cuello una cadenita muy delgada, también de oro, y de la cual pendía una diminuta cruz de perlas finas, de exquisito engaste.

Cuando cruzó la sala apoyada en el brazo de Carlos y deslizando apenas su delicado pié, calzado de raso blanco, el aguijón de los celos traspasó el corazón de Lucila : vió que su marido, después de colocar á Clemencia, permanecía de pié detrás de su silla, contemplando su blanca espalda y su rica cabellera con una mirada extática, y se acercó al piano, de donde acababa de levantarse la joven que había tocado la sinfonía. Al otro lado, y enfrente de Clemencia, había una mujer morena y que aparentaba unos treinta años : llevaba un traje de gasa azul celeste, una pañoleta llena de lazos y una corona de rosas blancas y hojas verdes sobre sus cabellos, demasiado claros para ser castaños, demasiado oscuros para ser rubios.

Era aquello una cabellera lacia, sin brillo y sin color definido, pomposamente abultada, con esos adherentes de pelo y cerda, que Víctor Hugo ha llamado después *miriñaques del peinado*.

Detras de ella se agrupaban algunos hombres, que le decían galanterías al oído y se daban despues con el codo, riéndose visible y solapadamente.

Lucila se acercó á aquella mujer y le dijo :

— Mi querida Marquesa, ¿será V. tan amable, que nos lea algunos de sus lindos versos?

— Con mucho gusto, amiga mia, respondió la *Marquesa*, aunque era la primera vez aquella noche que veía á la esposa de Carlos : luégo añadió, paseando sobre su alrededor una mirada vanidosa, que se detuvo en Clemencia :

— ¡Voy á dar á ustedes un mal rato!

— ¡Oh, no, delicioso! exclamó un pollo que la echaba de parisien.

La Marquesa sacó del bolsillo un papel y se dirigió al piano, colocándose á la derecha y de modo que le diese de lleno la luz de las bujías.

Miéntras la futura lectora tosia, miraba á todas partes, y se *preparaba*, en una palabra, Lucila hablaba en voz baja á sus amigas, y les decía á cada una, con poca variacion, estas palabras :

— Va á leer la Marquesa de T.....; ¡ya veréis qué versos tan divinos! ¡tiene un talento maravilloso!

La pobre Lucila no entendía una palabra de poesía, y los versos le daban un sueño espantoso; pero se pavoneaba por tener una marquesa en su casa, y con la idea de humillar á Clemencia, que no era *título* ni mucho ménos.

La última á quien se aproximó fué á Clemencia, y le dijo :

— Mi querida señora, espero que pasará V. un rato delicioso oyendo á la Marquesa.

— No lo dudo, contestó la jóven sonriendo con la serena dulzura que le era habitual.

— Usted debe conocerla de París, prosiguió Lucila.

— No, señora, respondió Clemencia.

— ¿Ni de nombre?

— Ni áun así.

— ¡Pues allí es persona muy conocida!

— Lo creo; pero yo vivía muy retirada.

— ¡Tiene un talento asombroso!

— Y ella es muy agradable : ¡lástima que se haya vestido de ese color!

— Sin embargo, debe ser muy elegante! ¡como que acaba de llegar de París!

Clemencia no respondió ya : comprendió que aquella pobre celosa queria rebajarla elogiando á la Marquesa, y se sonrió con lástima.

Lucila, desde el lado de Clemencia, fué á un grupo de caballeros y les dijo :

— Ruego á VV. que aplaudan todo lo posible á la Marquesa cuando acabe de leer.

Sonó en aquel instante una tosecita de la Marquesa, más fuerte que todas las anteriores, y que indudablemente queria decir :

— ¿Querrá Dios que me escuchen VV.? ¡miren que se me acaba la paciencia!

Todos obedecieron á aquella órden, expresada de una manera indirecta, pero muy clara, y la Marquesa empezó á leer con voz campanuda y altisonante.

Los versos eran malos, vacíos, sin calor ni ternura; en cambio, eran muy largos: no eran suyos: los había hecho uno de sus adoradores; pero sin duda era mal poeta, y sin duda también los cedía conociendo su escaso valor.

No obstante, á cada estrofa, los caballeros, obedientes á Lucila, agradeciéndole de antemano la tacita de té, y no siendo además muy inteligentes en poesía, aplaudían á rabiár.

Se oían por todas partes, y repetidas con entusiasmo, estas palabras:

— ¡Bien!

— ¡Bravo!

— ¡Bravísimo!

— ¡Sublime!

— ¡Inmejorable!

— ¡Magnífico!

Cuando acabó de leer con voz trémula de orgullo y de placer, una salva de aplausos la saludó.

Después todos los caballeros, y al frente de ellos la señora de la casa, fueron á felicitarla.

— Si no fuera porque tengo empeño en que oigan tus versos, ya nos hubiéramos retirado, decía entre tanto D. Fernando á su esposa; no debes estar tú donde hace tanto papel esta mujer; pero ahora los veré yo que darse tontos al oír tu poesía.

— Estás en un error, amigo mío, respondió Clemencia; mis versos no se aplaudirán.

— Será acaso porque les deje inmóviles el entusiasmo.

— No; porque son unos ignorantes, y sólo obedecen á las insinuaciones de la señora de la casa.

— Entónces, vámonos á la nuestra.

— Esa sería una desatención, habiendo sido invitada para leer: creo que no porque me falten debo yo faltarme también á mí misma. ¿Qué importa el juicio de dos docenas de necios? Yo sé lo que valgo y me basta eso.

— Sin embargo, querida mía, ésa es la gloria: mañana esas dos docenas de necios dirán por todo Madrid que la Marquesa de T.... fué aplaudidísima en unos versos que leyó, y que los de otra jóven fueron oídos con indiferencia, y no faltará al dueño de esta casa algun amigo periodista que ponga un elogio de su reunión, ensalzando á la Marquesa hasta las nubes, y nombrándote á tí como por incidencia.

Los sonidos del piano, que volvieron á oírse, impidieron á Clemencia responder.

Una jóven iba á cantar, y al volverse para mirarla, vió al mismo tiempo á Carlos que felicitaba galantemente á la Marquesa.

Después de la pieza—que casi nadie escuchó— Lucila se acercó á Clemencia y le rogó friamente *que se dejase oír*.

Esta se levantó: como estaba cerca del piano, no necesitó que nadie le diese el brazo; pero al ir á colocarse en el sitio de costumbre, apercibió á su amiga Hortensia, que la tomó por la mano y la retuvo un instante junto á sí.

— ¡Dios mío, Clemencia! exclamó; ¡cuánto sentimiento tengo!

— Pues ¿qué te sucede? preguntó la jóven.

— ¡No has querido hacerme caso! ¡no te has vestido

bien! ¡eres la más sencillamente puesta de cuantas estamos aquí, y yo te habia encargado todo lo contrario! ¡no vas á producir efecto alguno!

— Paciencia, amiga mia, respondió Clemencia con dulzura; cada una produce el que se propone, y yo no aspiraba á producir ninguno.

Colocóse, al decir esto, junto al piano, y con noble modestia desplegó un papel que llevaba en su bolsillo, y fijó en él la vista.

Los hombres, al ver aquella hermosa jóven, cuyo rostro resplandecía á la luz de las bujías con la rosada blancura de un camafeo antiguo; al ver sus grandes ojos negros inclinados y el rubor que teñía sus mejillas; al ver la sencilla elegancia de su tocado y su gracioso decoro, callaron sin que nadie se lo exigiese, y se prepararon á escuchar con atencion.

Clemencia leyó unos versos muy cortos; una plegaria á *la Virgen*, llena de gracia púdica, de ternura y de entusiasmo.

Su voz era poco extensa; su timidez excesiva; mas, sin embargo, sus hermosos versos, brotando sentimiento y belleza, tenían el privilegio de la verdadera poesía: el de conmoverla á ella misma: eran cantos que se exhalaban de su alma y que iban derechos al alma de los demas.

Cuando terminó, resonaron pocas palmadas: los hombres se ocupaban de mirarla; las mujeres, mejores jueces respecto á lo que atañe al corazón, se hablaban en voz baja.

— ¡Qué hermosa es! decía una jóven, que no sentia envidia, por ser tambien extremadamente bella.

— ¡Y qué aire tiene tan noble y tan distinguido!

— ¡Y qué jóven parece! Á propósito de jóven, ¿cuántos años cree V. que dice la Marquesa que tiene?

— Treinta.

— Ella dice que veintidos.

— ¡Bah! ¡y los que mamó! ¡la he conocido yo en Madrid! ¡es de mi edad! ¡éramos vecinas, y su madre tenía casa de huéspedes!

Clemencia volvió á su asiento; al pasar por delante de la Marquesa, que la midió con una ojeada de rencor, vió al lado de ésta al esposo de Lucila enteramente ocupado de ella, pero que, sin embargo, le dirigió una mirada profunda.

Cantaron otra pieza, y al terminarse, se levantó Clemencia, saludó á Lucila y á su amiga Hortensia, y se retiró con su esposo, sin esperar al té.

Al dia siguiente, en el café Suizo y en todas las reuniones, más ó ménos numerosas, se decian estas ó parecidas palabras:

— Anoche oí á dos poetisas nuevas.

— ¿Sí? ¿y en dónde?

— En casa de un amigo, compañero de oficina, que tuvo una reunion agradabilísima.

— ¿Y quiénes son ellas?

— La una, la Marquesa de T.... jóven espiritual, con ojos color de ceniza, cabellos castaños y cejas negras.

— ¡Hombre, vaya un fenómeno!

— Pues es graciosa, y sobre todo, mujer de mundo: ¡tiene un desparpajo! ¡como que acaba de llegar de París!

— ¿Y la otra?

— La otra es una joven casada con un viejo que puede ser su abuelo.

— ¿Y es bonita?

— Mas que la Marquesa; pero no me gusta tanto.

— ¿Cómo es eso?

— Porque es *más decente*: inspira respeto, y la otra es mujer con la que impunemente se puede hablar de todo lo que uno quiera; además, vive sola y libre.

— ¡Hombre, preséntame á ella!

— No hay inconveniente.

— ¿Y qué versos eran mejores?

— Ni una palabra entiendo de versos: me gustaron, sin embargo, más los de la Marquesa, porque los lee con mucho más descaro.

En tanto que la parte masculina de la reunion discurría de esta suerte, la femenina recordaba con placer el bello y puro rostro de Clemencia y sus deliciosos versos, y muchas mujeres decían en su interior:

— ¡Qué dichosa sería yo si quisiera ser mi amiga!

Tal fué el triunfo de Clemencia; y tal es, á juicio de la que esto escribe, la verdadera, la única gloria á que deben aspirar el talento y el decoro reunidos en una mujer.

V.

EL ORO Y EL OROPEL.

Al día siguiente del concierto, Carlos fué á visitar á Clemencia; pero ésta no se hallaba en casa, porque habia salido con su marido á hacer algunas compras.

Desde allí se fué á ver á la Marquesa, que le recibió en la soledad de su gabinete, y estuvo con él en extremo afectuosa, convidándole para tomar aquella noche, en su compañía, una taza de té.

Dos días después volvió á visitar á Clemencia acompañado de Lucila: aquélla se hallaba con su padre y su esposo, á los que leía en voz alta una de sus novelas.

La animadversión que Lucila profesaba á la que habia sido durante tanto tiempo el objeto de los sueños de su marido, se disipó como por encanto.

Al ver el dulce semblante de Clemencia, tan bello, tan tranquilo, su risa plácida y su mirada trasparente, se dijo que aquella mujer no era posible que inspirase pensamientos culpables.

— Querida amiga, le dijo Lucila con afecto, V., que hace poco acaba de llegar de París, ¿ha conocido allí á la Marquesa de T.....?